

“Valle de las pasiones”

Fue mi amigo Juan el que definió de esta manera al Valle de Traslasierra, desde Las Calles, Nono, hasta Las Rabonas y tal vez, un poco más allá, Los Hornillos. Si bien en las vacaciones, durante mi niñez, y una corta parte de mi vida madura viví cerca de aquí, en el otro lado de las sierras, en la antigua y en ese entonces más humilde Villa Carlos Paz, nunca se me hubiese ocurrido caracterizar este ni ningún otro valle con la palabra pasión. Contemplando la solemne y austera belleza de las montañas, el cotidiano discurrir indiferente de los ríos, sus calles de tierra y piedras detenidas en el tiempo, la parsimonia de su gente, es más bien la serenidad y una sensación de armonía rústica e inalterable lo que me invade el espíritu sin dejarle mucho lugar a ninguna pasión. Claro, mi amigo conoce muchas historias locales, personajes que yo apenas o ni siquiera conozco, cada uno con sus propias cargas de alegría, tristeza, deseos, dolores y secretos apenas intuitos, y ese conocimiento, esas experiencias, son las que validarían la denominación de Valle de las pasiones.

Hasta que en algún momento que no recuerdo muy bien cuando fue, me di cuenta que al fijar un poco más la atención, no de mis ojos sino de mi interior al ritmo y a los impulsos de la naturaleza, al entorno que abraza al valle, podría también yo arrimarme a la verdad de la definición de mi amigo Juan.

En este lugar que parecería permanentemente frenado como el péndulo de un reloj con poca cuerda, perezoso y sin ganas de marcar el transcurrir de las horas, es posible también percibir vibraciones con un caudal formidable de movimientos, sentimientos, ansias y apetitos humanos, amores y odios, encuentros y desencuentros, de ilusiones y deseos colmados y también de muchos vacíos, sudores y desengaños. Pero aunque esto sería válido, natural y evidente en otras partes del universo, acá en el valle cobra una dimensión propia porque se va desarrollando no de manera visible ni tangible, sino entre brumas, como esas nubes a veces etéreas, otras veces densas y atiborradas que formando cataratas bajan lenta pero de manera imparable hacia el valle dejando apenas entrever la realidad sólida, segura e indiscutible de la montaña. La montaña que también parece estática, muerta y, sin embargo, desde hace millones y millones de años sigue y seguirá latiendo su imponente vida hasta el fin de los tiempos; que parece inmóvil pero que en su realidad escondida atesora innumerables explosiones de energía que no cesan jamás. Y la naturaleza antojadiza, con sus cambios imprevistos, a veces de una dulzura incomparable, otras henchidas de una violencia odiosa y salvaje, con lluvias torrenciales agotadoras o rocío bendito, polvo y barro, brisas y vientos tempestuosos, granizo asesino, cielo azul paternal y nubes hermanas siempre cambiantes y siempre

cautivadoras, sol que ama y enamora hasta la asfixia y luna plateada irrefutablemente femenina y bella, misteriosa, seductora y acariciante. Con calores exagerados, posesivos y agobiantes, fríos esporádicos crueles e insensibles, batallas celestiales, invasiones terrenales. Naturaleza vital y engañosamente maniática, ya que parecería que nada le importase fuera de ella misma, que todo lo que sucede no es causalidad sino una serie arrítmica de casualidades elementales producto de una inteligencia caprichosa y egoísta. Apasionada.

Al descubrir esta pasión aparentemente sin frenos de la naturaleza, huidiza a unos ojos aún ignorantes como los míos, debo aceptar que la misma no puede más que transferirse incesantemente a cada uno de sus habitantes. Que, se haga evidente o no, lo vea o no, lo quieran o no, siempre e inevitablemente ellos y sus vidas serán siempre un fiel y humanizado reflejo de esta pasión primordial y eterna.

José Luis